

El cielo como gracia y recompensa

APARTADO 1.º

HECHO Y SENTIDO DE LA RECOMPENSA CELESTIAL

I. *Antiguo Testamento*

La contemplación de Dios, la participación en la vida trinitaria divina es regalo de la gracia de Dios. Sólo cuando se abre al hombre en el amor, le es a éste posible entrar en comunidad de ser y vida con Dios. La visión de Dios no puede ser forzada por ningún esfuerzo humano. Es prometida a los que son como niños, sin cálculo, receptivos, crédulos (*Mc.* 10, 15; *Mt.* 18, 3; *Lc.* 18, 17).

Sin embargo, la existencia celestial es a la vez premio, recompensa, coronación de los esfuerzos terrenos. Tanto Cristo como sus discípulos usan con frecuencia y acentúan la palabra recompensa. Con ello recogen la tradición viejotestamentaria, la continúan y explican. En el Génesis se dice que Dios prometió a Abraham: “No temas; yo soy tu escudo; tu recompensa será muy grande” (*Génesis*, 15, 1.). Isaías permite a los oprimidos echar una mirada hacia el futuro para consolarse (*Is.* 40, 9-11): “Sube a un alto monte, anuncia a Sión la buena nueva. Alza con fuerza la voz, tu que llevas la buena nueva a Jerusalén. Alzadla, no temáis nada, decid a las ciudades de Judá: He aquí a vuestro Dios. He aquí al

Señor, Yavé, que viene con fortaleza. Su brazo dominará. Ved que viene con El su salario y va delante de El su fruto". La palabra recompensa aparece de nuevo en 62, 11: "Porque Yavé proclama a todos los confines de la tierra: Decid a la hija de Sión: Llega tu salvador, viene con su recompensa y le precede su retribución". En los Salmos están unidas las ideas de gracia y recompensa. La recompensa de Dios es gracia: "Una vez habló Dios y estas dos cosas le oí yo: que sólo en Dios está el poder. Y en ti, oh Señor, está la misericordia, pues das a cada uno según sus obras" (*Ph.* 62 [61], 12-13. Cfr. *Ph.* 73 [72]). En los Proverbios se acentúa la responsabilidad del hombre (24, 12): "Que si luego dijeres: lo sabía, ¿no lo sabrá el que pesa los corazones? Bien lo sabe el que vela por tu vida y dará a cada uno según su merecido. El libro de la Sabiduría dice: "Pero los justos viven para siempre, y su recompensa está en el Señor, y el cuidado de ellos en el Altísimo" (5, 15). En el Antiguo Testamento la promesa de recompensa vacila entre los bienes terrenos y celestiales. Se prometen bienes terrenos, pero son imágenes de los valores de la otra vida. Cuanto más se aproximan los tiempos a Cristo tanto más clara y decididamente se describe la recompensa prometida como un bien de la otra vida.

II. Nuevo Testamento

Cristo mismo aceptó la palabra recompensa. Pero la recompensa que promete no es una cosa de la tierra sino el amor y la verdad de Dios, la vida con Dios, un valor ultraterreno de más allá de la muerte. Para lo terreno sus promesas solo valen en cuanto que lo terreno es presupuesto de lo eterno. Por eso nadie puede decir qué bienes terrenos le son necesarios para alcanzar lo eterno. Sólo Dios lo sabe. En esto tiene validez una palabra de Pascal: "Oh, Dios, no te pido salud ni enfermedad, ni vida, ni muerte, sino que dispongas de mi salud y de mi enfermedad, de mi vida y de mi muerte para tu honor, para salvación mía y para provecho de tu Iglesia y de tus santos de quienes soy una parte. Sólo tú sabes lo que me sirve, tu eres el Señor Altísimo, haz lo que quieras. Dame o quítame, pero haz mi voluntad igual a la tuya y concédeme que me prepare con santa confianza, con humilde y perfecto sometimiento a aceptar los mandatos de tu eterna providencia y que del mismo modo adore todo lo que me venga de ti". La sanción ocurre por tanto en el mundo futuro no en el presente. En el presente

sólo hay una prenda. En el sermón de la Montaña dice Cristo a los oyentes (*Mt.* 5, 3-12): “Bienaventurados los pobres de espíritu porque suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia porque suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros” (cfr. *Lc.* 6, 20-23). No sólo los profetas perseguidos, sino también los que los reciben pueden esperar en el futuro. “El que recibe al profeta como profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe al justo como justo, tendrá recompensa de justo; y el que diere de beber a uno de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa” (*Mt.* 10, 41 y sig.). La recompensa es distinta de los valores terrenos. Quien busca éstos no puede atenerse a la promesa de Cristo; previene justamente de la confianza en lo terreno. “No alleguéis tesoros en la tierra donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban” (*Mt.* 6, 19-21; *Lc.* 12, 33 y sig.). Al joven rico le dice Cristo (*Mc.* 10, 21; *Mt.* 19, 21; *Lc.* 18, 22): “Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme”. La vida de quienes se someten a la voluntad de Dios es descrita con la imagen del trabajo en la viña, en la casa, tras del arado, en la cosecha, y se promete gran recompensa a estos servicios (*Mt.* 20, 2; 24, 45-51; *Lc.* 12, 42-46; *Mc.* 9, 41; *Mt.* 19, 27-27). En la gran sentencia final que pondrá fin a la historia humana, la salvación eterna y la condenación eterna son fundamentadas en el comportamiento de los salvados y de los condenados. Por claras e inequívocas que sean las promesas de recompensa de Cristo, rechaza el deseo de recompensa sobre todo el que se refiere a bienes terrenos. “Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos. Cuando hagas, pues, li-

mosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que lo ve oculto, te premiará. Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar de pie en las sinagogas, y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, cuando ores, entra en tu cámara, y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará" (*Mt.* 6, 1-6). "Cuando ayunéis no parezcáis tristes como los hipócritas, que demudan su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo, ya recibieron su recompensa. Tú, cuando ayunes, úngete la cabeza y lava tu cara, para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará" (*Mt.* 6, 16-18). El hombre no puede tener exigencia alguna frente a Dios. "¿Quién de vosotros, teniendo un siervo arando o apacentando el ganado, al volver él del campo le dice: pasa en seguida y siéntate a la mesa, y no le dice más bien: prepárame la cena, cíñete para servirme hasta que yo coma y beba, y luego comerás y beberás tú? ¿Deberá gratitud al siervo porque hizo lo que se le había ordenado? Así también vosotros, cuando hicieréis estas cosas que os están mandadas decid: somos siervos inútiles; lo que teníamos que hacer, eso hicimos" (*Lc.* 17, 8-10). El hombre debe a Dios amor y obediencia, adoración y veneración, porque es justo, no porque sea útil para él. Debe liberarse de toda esclavitud de los fines e intentar comprender y realizar con energía el sentido de su vida. De otra forma se asemejaría al niño, que demuestra amor a sus padres con la idea de que eso le será provechoso. Justamente quien no obra por la recompensa la recibirá abundante. Cuando Dios promete recompensa de forma que el hombre puede esperar en ella, Dios hace la promesa como Señor y rey. Es una gracia que lo prometa; que lo cumpla es gracia (*Mt.* 15, 14 y sigs.) y fidelidad a sus promesas. Lo que Cristo proclamó, fué transmitido por los apóstoles. San Pablo escribe en la epístola a los romanos (2, 1-11): "Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas, tú que juzgas, pues es lo mismo en que juzgas a otro, a ti mismo te condenas, ya que haces eso mismo que condenas. Pues sabemos que el juicio de Dios es, conforme a verdad, contra todos los que cometen tales

cosas. Oh hombre, ¿y piensas tú, que condenas a los que eso hacen, y con todo lo haces tú, que escaparás al juicio de Dios? ¿O es que desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, desconociendo que la bondad de Dios te trae a penitencia? Pues conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazón, vas atesorándote ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que dará a cada uno según sus obras; a los que con perseverancia en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la incorrupción, la vida eterna; pero a los contumaces, rebeldes a la verdad, que obedecen a la injusticia, ira e indignación. Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal, primero sobre el judío, luego sobre el gentil; pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el gentil, pues en Dios no hay acepción de personas". A los celosos corintios dice el Apóstol (*I Cor.* 3, 6-8); "Yo planté, Apolo regó; pero quien dió el crecimiento fué Dios. Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. El que planta y el que riega son iguales, cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo." Quien desee la recompensa celestial, tiene que luchar por ella. "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno sólo alcanza el premio? Corred, pues, de forma que lo alcancéis. Y quien se prepara para la lucha, de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona corruptible; más nosotros para alcanzar una incorruptible. Y corro no como a la ventura; así lucho, no como quien azota al aire, sino que castigo mi cuerpo y le esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado" (*I Cor.* 9, 24-27). A diferencia de las carreras terrenas, en la carrera por el cielo todos pueden ser vencedores. Pero se necesita el máximo esfuerzo. San Pablo espera que por sus esfuerzos alcanza parte en el evangelio, en Cristo y en el Padre celestial (v. 23). Lo que espera para él pueden esperarlo todos. "Puesto que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno según lo que hubiere hecho por el cuerpo, bueno o malo" (*II Cor.* 5, 10). Continuamente acentúa San Pablo que la recompensa que recibe el cristiano es gracia (*Rom.* 4, 4). Cfr. *Rom.* 13, 2; 14, 10-12; *Gal.* 5, 21; 6, 4; *I Cor.* 6, 9; *I Thess.* 1, 10; 5, 23.

San Juan proclama la misma doctrina que San Pablo. Sólo ha vivido rectamente quien al final mirando atrás con Cristo puede decir a Dios: "Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifí-

came" (Io. 17, 4 y sigs.). El *Apocalipsis* está lleno de consoladoras promesas de recompensa y de prevenciones del castigo. Los ángeles de las siete iglesias destacan continuamente las obras, y las alaban o advierten. Se dice a la comunidad de Efeso: "Conozco tus obras, tus trabajos, tu paciencia, y que no puedes tolerar a los malos, y que has probado los que se dicen apóstoles, pero no lo son, y los hallaste mentirosos; y tienes paciencia y sufriste por mi nombre sin desfallecer. Pero tengo contra ti que dejaste tu primera caridad. Considera, pues, de dónde has caído, y arrepiéntete, y practica las obras primeras; si no, vendré a ti y removeré tu candelero de su lugar si no te arrepientes. Mas tienes esto a tu favor: Que aborreces las obras de los Nicolaitas como las aborrezco yo. El que tenga oídos que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios" (*Apoc.* 2, 2-7; cfr. 2, 10. 19. 23; 3, 4. 10. 12. 20). A la hora determinada por Dios será concedida la recompensa. "Las naciones se habían enfurecido, pero llegó tu ira y el tiempo de que sean juzgados tus muertos y de dar la recompensa a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes y a destruir o los que destruían la tierra" (*Apoc.* 11, 18). Las obras irán con los muertos, de forma serán sellados para siempre por sus acciones terrenas. Como final el vidente oye una vez más la promesa que atraviesa toda la obra y a la vez recibe el encargo de no callarla y proclamarla. "No selles los discursos de la profecía de este libro, porque el tiempo está cercano. El que es injusto continúe aún en sus injusticias, el torpe prosiga en sus torpezas, el justo practique aún la justicia y el santo santifíquese más. He aquí que vengo presto y conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin. Bienaventurados los que lavan sus túnicas para tener derecho al árbol de la vida y a entrar por las puertas que dan acceso a la ciudad. Fuera perros, hechiceros, fornicarios, idólatras y todos los que aman y practican la mentira. Yo, Jesús, envié a un ángel para testificaros estas cosas sobre las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella brillante de la mañana". (*Apoc.* 22, 10-16). Cfr. 11, 18; 7, 9-17; 14, 13; 15, 2-4; 18, 6; 20, 1 .11; 21, 7; 22, 3; *1 Pet.* 1. 3. 7. 13; 5, 6.

III. *Testimonio de los Padres*

San Agustín expresa el pensamiento paulino de la manera siguiente: Dios corona sus propias obras, cuando premia nuestras acciones. Pues nuestras obras son acciones de Dios por medio de nosotros. El año 418 escribe al “santo hermano y compañero en el sacerdocio Sixto” (*Ad Sixtum* V, 19; *BKV*, 208): “¿Dónde está pues el mérito del hombre ante la gracia por el que ha podido recibir la gracia, ya que todo mérito de nuestra parte sólo es obrado por la gracia, y Dios, cuando corona nuestros méritos, no corona más que sus propios dones? Pues del mismo modo que al comienzo recibimos las gracias de la fe, no por ser creyentes, sino para serlo, también al fin, cuando llegue la vida eterna, nos coronará Dios en misericordia y benignidad, como está escrito. No en vano se canta de Dios: Y su misericordia se acercará a mí, y: su misericordia me perseguirá. Por eso también la vida eterna misma que poseeremos al fin sin fin y que, por lo demás, será concedida según los méritos anteriores, aunque teniendo en cuenta que estos méritos por los que se exige la recompensa no han sido adquiridos por nuestras propias fuerzas, sino que los ha obrado en nosotros la gracia, y ellos mismos se llaman gracia; evidentemente sólo por la razón de que la vida eterna es concedida *inmerecidamente*. Ciertamente que también es dada como recompensa de los méritos, pero los méritos mismos por los que es dada son un regalo. A favor de nuestra afirmación de que también la vida eterna es llamada una gracia en el mismo sublime defensor de la gracia, en el apóstol San Pablo, tenemos el texto: el sueldo del pecado es la muerte; pero la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor es gracia de Dios”.

APARTADO 2.º

ESENCIA DE LA RECOMPENSA CELESTIAL

La denominación del cielo como premio y recompensa *es un nombre temporal e histórico para lo inefable e incomprensible*, para el impenetrable misterio de la vida celestial.

La doctrina neotestamentaria del premio está en total contraste con la *esperanza judía de recompensa*, tal como nos la encontramos

en los contemporáneos de Cristo y tal como es combatida por San Pablo. Según la concepción judía, la relación entre Dios y el hombre es un negocio jurídico. El hombre tiene exigencias ante Dios en virtud y en razón de sus obras morales. Lo que espera de Dios es riqueza, honor y alegría terrenas.

La Revelación de Jesús sobre la recompensa, contradice totalmente esas esperanzas judías. No promete alegrías terrenas, sino que sus promesas se refieren a la vida que empieza con la muerte. En esta vida, quienes crean en El serán combatidos y perseguidos. El tuvo que pasar por la muerte para llegar a la gloria; el destino de los suyos no será mucho mejor.

La vida de después de la muerte no es tampoco un sustitutivo de las alegrías y dolores de esta vida. No es vida de placeres sensibles. La recompensa es algo completamente distinto de todo lo terreno y empírico. Es el reino de Dios. Quien en esta vida se somete al reinado de Dios, participará totalmente en la otra vida del reino de Dios, porque Dios será su rey (*Mt.* 5, 3. 10. 12; 19, 14; 5, 19; 7, 21; 8, 11; 18, 3; 19, 23; 25, 10; *Mc.* 9, 1. 47; *Lc.* 12, 32; 22, 16; *Gal.* 5, 21; *Col.* 1, 13). Quien tiene hambre de justicia, será saturado de justicia (*Mt.* 5, 5). La recompensa prometida es la comunidad con Cristo glorificado, la participación en su vida gloriosa, en su reino, la unión con Dios, la justicia perfecta, la revelación de la perfecta filiación divina, la visión del amor de Dios. Cfr. §§ 221, 169, 177.

APARTADO 3.º

GRATUIDAD Y SOBREABUNDANCIA DE LA RECOMPENSA CELESTIAL

Aunque la concesión de la comunidad con Dios sea llamada recompensa, se trata de una recompensa que Dios da *gratuitamente como Padre bondadoso*, no en cuanto juez equitativo y justo. Dios incorpora al hombre gratuitamente a su vida trinitaria personal, a la Verdad, Amor y Santidad; no impone a nadie esa vida; quien escoge la vida de odio no es obligado a la vida de amor, que sólo es regalada a quienes se abren a ella. Incluso esa apertura es obra del amor de Dios; la vocación al reino de Dios, al cielo, es pura gracia; no hay ninguna razón de gloriarse (*Rom.* 3, 27; cfr. §§ 302 y 204). La obediente entrega del hombre a Dios, a la que se ha

prometido como recompensa el cielo, los dolores y sufrimientos por amor a Cristo son frutos de la gracia celestial concedida al hombre. Cuando Dios regala el cielo como recompensa, no hace más que acabar lo que empezó en la gracia. Pero sólo lo acaba en quienes están dispuestos a ello. Cumple su propia obra en quienes no ofrecen resistencia. Dios ha determinado que la plenitud de la gracia, la gloria, dependa de la disposición humana. Cuando acaba y completa lo empezado es que el hombre se abre al amor de Dios. En el premio del cielo, Dios confirma al hombre que ha luchado seriamente contra el egoísmo y a favor del amor servicial. Si el fundamento de la entrega del hombre a Dios es obra de Dios, su plenitud es una nueva demostración—más profunda todavía y no presentida—del amor de Dios. Quien está unido a Dios, no tiene por qué temer que Dios le retenga el “premio”; puede esperarlo con seguridad, porque Dios se lo ha prometido (cfr. la doctrina sobre el *meritum de condigno* en el § 221).

La respuesta de Dios al esfuerzo espiritual del hombre no es sólo el reconocimiento de lo que el hombre ha hecho en virtud de la gracia, sino mucho más: es un *regalo del amor pródigamente generoso* del Padre bondadoso y rico. No hay equivalencia entre los esfuerzos humanos y la recompensa de Dios; Dios premia sobreabundantemente. Castiga menos de lo que el hombre merece y premia con abundancia (*Mt.* 5, 12; 24, 45-47; 25, 21; *Lc.* 6, 38; *Mc.* 10, 30). Es lo que ocurre también en el *meritum de condigno*; clarísimamente está testificado en la parábola de los viñadores (*Mt.* 20, 1-16). El punto de gravedad de la parábola está en el salario dado a los trabajadores contratados a la hora undécima; el hecho de que el dueño de la viña les pague el salario completo, revela su bondad generosa y gratuita. Las relaciones entre Dios y los hombres no deben ser comparadas con las que hay entre un dueño calculador y sus trabajadores, entre un negociante y sus obreros. Se puede decir que los obreros que trabajan todo el día y reciben su justo salario están en la parábola para destacar la sobreabundancia de la recompensa de los contratados a última hora y la generosidad gratuitas del dueño de la viña. El amor de Dios es tan grande que los que piensan mundanamente y miden con medidas terrenas, no lo entienden y protestan contra él. Cfr. también *Lc.* 15. Los bienaventurados no se gloriarán de sus trabajos, aunque reciban el cielo como recompensa, porque sabrán que es pura gracia de Dios, y por eso ensalzarán y alabarán su infinito amor (*Lc.* 17, 7-10). Cfr. Preisker, artículo “*Misthós*”, en *Kittels Woerterbuch zum NT*, IV, 699-736.

APARTADO 4.º

ESPERANZA DE LA RECOMPENSA CELESTIAL Y PUREZA
DE LA INTENCION MORAL

Si estudiamos la esencia de la recompensa del cielo a la luz de esta doctrina de la Escritura, veremos que la esperanza de esa recompensa no daña la *pureza del esfuerzo moral*, sino que hasta es capaz de fundamentar la más pura moralidad.

La recompensa prometida a los creyentes es la comunidad con Dios, el reino de Dios. El cielo es la plena realización del reinado de Dios y la recompensa consiste en que el reino de Dios irrumpe y se impone totalmente en un hombre. "Dios os llamó (a los hombres) a su reino y gloria" (*I Thess. 2, 12*). Dios es la Verdad, el Amor, la Bondad, la Santidad y, por tanto, el reino de Dios es reinado de la verdad personificada, del amor, bondad y santidad en persona. La plena imposición del reino de Dios, es la suma revelación de Dios, verdad, amor, bondad y santidad en persona, que en la tierra parecían tan impotentes y al bienaventurado se le demuestran como lo único poderoso y dominador. El cielo significa, pues, la *suma glorificación objetiva de Dios*, santidad y amor en persona. El cielo está perfectamente al servicio de Dios, de la verdad y del amor. Quien espera el cielo, espera un estado en que se revelarán totalmente la verdad y el amor personales como lo único consistente y valioso, como dominadores de todas las cosas; espera, por tanto, un estado de moralidad perfecta.

Dios se revela realizando su bondad para con el hombre; no diciendo que es bueno, sino siéndolo de veras para los bienaventurados. El hombre es incorporado a la verdad y santidad de Dios de forma que es completamente conformado y configurado por ellas. En el cielo no existe el egoísmo. El bienaventurado acepta la verdad y santidad en que sobrenada y se entrega a ellas. Contempla a Dios, verdad y amor en persona, y le reconoce como Señor. Afirma la bondad y la verdad como únicos valores. Se somete al señorío de la bondad y de la verdad por su validez y valía. Adora al amor y verdad personales. El cielo es también la *suma glorificación subjetiva de Dios*.

Quien espera el cielo, espera que llegue la hora en que la verdad y el amor sean amados por sí mismos. Durante esta vida, ese

amor no es posible al hombre de modo perfecto, porque se interfiere continuamente el egoísmo y la verdad y el amor son buscados por su utilidad.

Sometiéndose a la verdad y santidad personales y reconociéndolas como superiores a todo, entregándose a ellas logra el hombre la plenitud de su ser, ordenado a la verdad y al amor. Aunque el cielo sea primariamente la revelación de la gloria de Dios y esté al servicio de su glorificación, la bienaventurada plenitud del hombre no puede imaginarse lejos de él, ya que la *revelación* de la gloria de Dios y la *plenitud* del hombre no son más que dos aspectos del mismo proceso.

Quien espera el cielo, la revelación del reino, de la verdad y del amor de Dios, espera necesariamente la plenitud de su propio ser en la Verdad y en el Amor. Tal esperanza no puede ser confundida con una pasión egoísta. Significa que el hombre espera el Amor por sí mismo. A este anhelo se une la convicción de que esa actividad celestial es a la vez la plenitud del propio ser. La exigencia de contener todo deseo de propia perfección al realizar el bien, sería violentar el ser mismo del hombre. El intento de eliminar esa idea sería contradictorio; quien tal hiciera, desearía realizar el bien y excluirse a sí mismo de esa realización. Tal conducta significaría, además, la negación del ser y valor propios de la naturaleza humana, creada por Dios para la plenitud.

Quien espera, pues, el cielo, desea ante todo la gloria de Dios y, en segundo lugar, la propia plenitud y felicidad que se fundan en la glorificación de Dios. El hecho de que a veces pase a segundo término la gloria de Dios y se destaque la propia perfección, no es inmoral, porque la perfección propia se busca en Dios. Sería inmoral la actitud en que el hombre intentara su felicidad sin preocuparse de los medios; tal deseo de felicidad es compatible con la negación de la verdad y bondad personificadas y estaría en contradicción con la esperanza cristiana del cielo. Cfr. W. Pesch, *Der Lohngedanke in der Lehre Jesu nach der synoptischen Ueberlieferung verglichen mit der religiösen Lohnlehre des Spätjudentums*.